



**PREGÓN SEMANA SANTA  
GUADALCANAL  
AÑO 1984**

**ENRIQUE GÓMEZ-ÁLVAREZ SORIANO**

**PREGÓN DE SEMANA SANTA DE GUADALCANAL AÑO 1984**  
**Pronunciado en la mañana del domingo día 8 de abril en el cine**  
**Emperador de Guadalcanal, por**  
**ENRIQUE GÓMEZ-ÁLVAREZ SORIANO.**

Para mi querida esposa y mis queridos hijos, a quienes deseo sirva de acicate y recuerdo imborrable del cariño que siempre profesé a Guadalcanal, mi pueblo de adopción, y sus tradiciones, principalmente su Semana Santa. Con el deseo de que sepan amarlos toda la vida como he tratado de transmitirles.

Guadalcanal, 8 de abril de 1984

**PRESENTACIÓN DEL PREGONERO POR**  
**D. LORENZO BLANCO CABRIA**

**Pregonero de la Semana Santa de Guadalcanal en el año 1983**

Al igual que los árboles cada año al llegar la primavera renuevan sus hojas, las plantas alegran la visión terrena del hombre con las diferentes formas, colores y olores de sus fuentes y las flores, nos devuelven generosas el agua que cual hormigas recogieron durante el invierno, así también, cada primavera, el Guadalcanal, sencillo, religioso y cofradiero, enamorado como el que más de su Semana Santa, abre ésta, con su ya tradicional pregón.

Rvdo. Sr. Cura Párroco.

Excmo. Sr. Alcalde y demás autoridades presentes.

Juntas de Gobierno de las Hermandades de Guadalcanal.

Cofrades y costaleros.

Queridos amigos todos:

Era precisamente yo, el que hace poco más de un año tuve el honor y la dicha, pero también la inquietud, la preocupación y hasta el miedo, de presentarme ante vosotros, para daros a conocer mi pregón, que como ya os decía en él, estaría bien o mal hilvanado, sería prosaico o lírico o ninguna de las cosas, que pudo ser también, ¿quién lo sabe?, efímero o profundo, pero que sí os puedo asegurar, que estaba hecho con toda mi capacidad de ilusión y con mi corazón puesto en el empeño. Ha pasado un año en este lento pero irreversible peregrinar por la vida terrena, hasta llegar a la meta de la eternidad, y nuevamente tengo el deber de comparecer ante vosotros, siguiendo tradicional costumbre, para presentaros al que sin duda ha de ser, por entusiasmo, ilusión, sentimiento y capacidad, ilustre pregonero de la Semana Santa 1984.

Siempre son difíciles este tipo de presentaciones, pero nuestra manera particular de concebir la problemática de este apostolado, no es menos cierto, que por encima de estas diferencias de criterios, en pequeñas cosas y matices siempre seguimos adelante tratando de lograr los fines que eran los mismos para ambos.

Amigo Enrique, como sé de tus calidades y cualidades, estoy seguro que tu pregón va a ser un pregón que va a llegar, porque, como sabes, en materia de religión, lo más importante es que quede poso y tú lo dejarás, porque además de tus condiciones sé que habrás pedido ayuda a tu Cristo de las Aguas y cobijo bajo su manto a esa Virgen de los Dolores, a quien tanto amas y que como Madre comprensiva habrá escuchado tu súplica llena de fe.

Y al igual que estoy seguro que nuestro Cristo clavado en la Cruz por nosotros y esa Madre Dolorosa, serán ahora y en lo sucesivo su protección y tu amparo, también lo estoy de que tus padres, desde esa atalaya divina, estarán contemplando con inmensa alegría y gozo, que su siembra no ha sido estéril y que su hijo hoy, ha cogido el testigo que le legaron y sus nietos se transforman

en Cirineos, debajo de las trabajaderas de su Cristo y de su Virgen, para ayudarles a llevar su Cruz y su dolor.

Querido Enrique: Te deseo de todo corazón, que tu pregón sea sal, levadura y luz, como Cristo quiere y pide en su Evangelio.

Amigos todos: Con vosotros como pregonero de la Semana Santa 1984, un buen amigo, un buen ciudadano y un buen cristiano: ENRIQUE GOMEZ-ALVAREZ SORIANO.

*Lorenzo Blanco Cabria*

Domingo de Pasión, 8 de abril de 1984

ENRIQUE GOMEZ-ALVAREZ SORIANO

# **PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE GUADALCANAL AÑO 1984**



## **LA FE VIVIDA Y SENTIDA POR GUADALCANAL**

¡Alabado sea Jesucristo!

Con estas palabras, con este grito lleno de amor y Fe, que emerge de lo más profundo de su corazón, suele comenzar los mensajes apostólicos el Santo Padre, Juan Pablo II, cuando se dirige al Mundo.

Con estas mismas palabras, como homenaje a su egregia persona y a lo que representa como Vicario de Cristo en la Tierra, el humilde Pregonero de la

Semana Santa de Guadalcanal ha querido empezar esta oración que os dirige emocionado en el año Santo de la Redención.

Oración que pretende ser, no sólo la exaltación de la belleza de nuestros desfiles procesionales, sino el fiel reflejo de la profunda fe con que ¡os vive el pueblo de Guadalcanal.

Este pregón quiere ser también el público reconocimiento de gratitud a la memoria de quienes con su intenso amor y abnegado trabajo, fueron capaces de hacer de los días de Semana Santa una obra que les honra tanto a ellos, como nos obliga a todo buen guadalcanalense, a guardarla celosamente y mejorarla en cuanto nos corresponda.

El Pregonero desea que esta oración sea un llamamiento esperanzado a la juventud y por ello alza su voz con especial énfasis al dirigirse a las nuevas generaciones de las Hermandades para expresarles con claridad, que les corresponde a ellos por derecho propio, el honrosísimo deber de realizar cuanto esté en sus manos para que esta secular tradición no se deteriore ni se pierda.

Queridos jóvenes, corren tiempos de tempestad. El materialismo ateo pretende borrar de las almas, especialmente de las almas en formación, de vuestras almas, la fe. Y con ella las devociones que con tanto empeño y cariño hemos querido transmitirlos los mayores.

Por ello, os invito, os invita el Pregonero de la Semana Santa que tanto amáis a que viváis estos días Santos no como una fiesta más, con el único y exclusivo propósito de divertirnos y de pasarlo bien, sino con la intención además de divertirnos de adentraros más y más en los misterios de la Redención.

La diversión honesta es lícita, necesaria y muy en la línea cristiana. Pues habéis de saber que Cristo y su Mensaje tienen como una de sus principales características la Alegría. Por ello, Él, Cristo, no quiere «jóvenes cristianos

tristes», que en definitiva no son más que «tristes jóvenes cristianos». Cristo quiere jóvenes, hombres y mujeres alegres, con la alegría de la Gracia, con la alegría de la Fe intensamente vivida.

Lo que quiero deciros, entendedme bien, es que en estos días sepáis buscar y encontrar tiempo para meditar sobre los misterios de la Redención, las penas de María y los sufrimientos físicos y morales de Jesús en su Pasión y Muerte.

Si sabéis encontrar ese rato, que puede estar en la procesión de vuestra predilección, en la soledad del templo, ante el Monumento que guarda a Jesús Sacramentado o simplemente al contemplar alguna de las imágenes sagradas de nuestras Hermandades, vuestra alma se sentirá reconfortada, inundada de fe, y la gracia recibida en la oración y en la meditación os colmará de fuerzas para afrontar con garantías de éxito, el compromiso ya mencionado, no sólo de conservar sino de engrandecer el tesoro que os legamos. Nada más y nada menos que la Semana Santa de Guadalcanal.

Y para terminar este a modo de prólogo, me veo en la obligación porque creo que es de justicia deciros que todos los poemas que a lo largo de este pregón se citan han sido entresacados del libro *A orillas del Guadalquivir*, del que es autor nuestro paisano, ya desaparecido, D. Agustín Capitán Álvarez.

Al incluir sus hermosos poemas en mi pregón, al tiempo de sentir la satisfacción de darlos a conocer, rindo mi humilde homenaje a quien tanto amor tuvo por el pueblo que le vio nacer y del que dice:

*Te alzas en vale riente,  
en fecunda, grata tierra,  
mostrando entre ingentes sierras  
la blancura de tu frente.  
Tu paz mi espíritu siente,  
al contemplar tu silueta  
desde lejos, y se inquieta*

*al verte mi corazón,  
pues a tu clara visión  
se siente ufano poeta.*



## A MODO DE PRÓLOGO

Señor Cura Párroco.

Dignísimas autoridades.

Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de las Hermandades de Penitencia, de Gloria y de la Hermandad de la Santísima Virgen de Guaditoca.

Hermanos y amigos todos:

En primer lugar, quiero agradecer la inmerecida designación como Pregonero de la Semana Santa de Guadalcanal de 1984, por el alto honor que ello representa dentro de nuestra comunidad eclesial y por brindarme la oportunidad, en este acto solemne y sencillo al mismo tiempo, de expresar ante vosotros el amor que siento por nuestro pueblo y por todas sus tradiciones.

En segundo término agradecer de todo corazón a mi buen amigo Lorenzo Blanco Cabria las palabras que en la presentación ha dedicado a mi humilde persona y que a todas luces son inmerecidas. También agradecer vuestra presencia en este suntuoso marco que a mí me viene grande y a vosotros pequeño.

Por último, quiero dejar constancia de mi agradecimiento y sincera amistad a mis auxiliares José Cote Galván y Luis Mejías Tomé, por la ayuda, tanto moral como material, que de ellos recibo diariamente y en especial por la que me han prestado desde el mismo momento en que conocieron mi designación como Pregonero de la Semana Santa.

Como creo que todos conocéis, y ya ha quedado dicho por el Presentador, no nací en Guadalcanal. Vi la luz del día por primera vez no lejos de aquí, en Azuaga, de lo cual me honro. Pero no menos honrado me siento de haber crecido en este bello y querido lugar. Por ello digo con nuestro poeta:

*«Aquí crecí, aquí soñé ventura.*

*Aquí la sugestión del universo  
me hizo sentir lo armónico del verso  
que eleva el alma a la celeste altura.  
Aquí soñé el halago y la dulzura  
como niño pacífico o travieso,  
y aquí me adormecí al embeleso  
de una madre feliz, que fue ternura.»*

En el Colegio del Espíritu Santo, regido como hoy y desde hace setenta y cinco años, por las Hermanas de la Doctrina Cristiana, recibí el complemento de la educación que día a día respiré en casa de mis queridos padres.

Por ello, desde esta tribuna le rindo mi más sincero agradecimiento, al tiempo que les felicito por sus Bodas de Platino con nuestro pueblo a esta abnegada y benemérita Comunidad Religiosa que a tantas y tantas generaciones ha educado, enseñándoles ciencias, culturas, labores y, lo que es más importante, la Doctrina de Jesús, la Doctrina del Maestro.

A la sombra del Monumento a la Cruz del Paseo del mismo nombre, a las puertas de la Concepción y en el Cantillo compartí mis juegos infantiles con niños de aquella vecindad: los Rufián Cabezas, los Moreno Arenal, los Valverde, los Sernas, los Fernández Calderón, Pepito Fontán y de tantos y tantos otros, entre los que nació una amistad sincera que aún perdura y de quienes recibí y aún recibo unas atenciones y un cariño que me temo no he sabido devolverles.

En la Fuente de la Plaza, al tiempo que saciaba la sed de mi ardoroso juego, recibí y asumí, honrándome con ello, la impronta imperecedera de guadalcanalense que, según «voz populi», se imprimía en el alma de quienes bebían su cristalina y fresca agua.

Aquí, en la Iglesia de Santa María de la Asunción, uní mi vida para siempre con mi querida esposa y aquí nacieron y se criaron mis seis hijos.

En Guadalcanal ejerzo mi noble profesión con renovado espíritu de sacrificio desde hace más de veinticinco años.

Y por si fuera poco, aquí quedaron para siempre las cenizas de mis queridos padres mezcladas y fundidas con la bendita tierra que tanto amaron y me enseñaron a amar.

Y en relación con la Semana Santa que es lo que hoy nos interesa, he de deciros que aquí vestí por primera vez una túnica de nazareno.

Y al llegar este punto, no resisto la tentación de dedicar un sentido recuerdo de cariño para quien hizo posible esta circunstancia. Porque creo, estoy seguro, que esta circunstancia tan simple, constituye, el inicial eslabón de la cadena que me une desde entonces, y definitivamente, a la Semana Santa de Guadalcanal.

Me estoy refiriendo a doña Bárbara Rivero Rivero, Barbarita Rivero para todos. Piadosa mujer y fervorosísima hermana de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús, como por sus apellidos, todos los que no tuvisteis la suerte de conocerla, habréis adivinado.

Aquella santa mujer como otras personas de todas y cada una de las Hermandades, que sería prolijo enumerar, hicieron posible con su trabajo y profunda fe que la secular tradición de la Semana Santa de Guadalcanal no se perdiera en los tiempos difíciles de los años treinta.

Por todo ello el Pregonero quiere rendir en la persona de Barbarita Rivero el más ferviente y sentido homenaje de admiración y gratitud para todas y cada una de las personas que cada uno de nosotros tenemos en el más vivo recuerdo, en la seguridad de que coinciden con los nombres que debieran componer el hipotético Cuadro de Honor de la Guadalcanal cofradiera.

Guadalcanal en estos días solemnes de la Semana Mayor saca a la calle, no sólo sus Imágenes Sagradas, no sólo sus bellísimas procesiones,

tesoro valiosísimo de su acervo artístico, cultural y, principalmente, religioso; Guadalcanal pasea por sus calles, lo que es más importante para un seguidor de Cristo Jesús: pasea por sus calles su intensa y profundísima Fe.

La Fe que heredó de sus mayores, la Fe con que alimenta espiritualmente a sus hijos, la fe que nos llevará algún día, más o menos próximo, a la presencia de Dios Eterno y Verdadero a cada uno de los cofrades de Guadalcanal.

Porque Fe es, amigos, la emoción contenida a veces y desbordada las más, de ese pueblo llano que entusiasmado y orante contempla la obra de arte religioso que son todos y cada uno de los desfiles procesionales de nuestras hermandades.

Porque Fe es, ese acercarse al pueblo de nuestro pueblo emigrante que, desde los puntos más alejados de la geografía, vienen todos los años con la ilusión gozosa de vivir y disfrutar con la contemplación de sus Cristos y sus Vírgenes en estación penitencial por las calles que les vieron crecer.

Porque Fe es, y muy honda, la del nazareno que bajo el anonimato del antifaz camina silencioso y orante durante el largo recorrido de la procesión.

Porque Fe es la de esos hombres y mujeres que durante todo el año, dirigidos y animados por nuestro querido Párroco, D. Antonio, viven día a día la Semana Santa, preparando en silencio la del año venidero.

Porque Fe es la de quienes tienen el honrosísimo deber, voluntariamente adquirido, de engalanar los Pasos de nuestros Cristos y de nuestras Vírgenes.

Y al mencionar esta singular expresión artística que sólo unos pocos poseen, el Pregonero no puede ni quiere silenciar el nombre de hombres y mujeres que fueron y que son los Camareros y Camareras de nuestras hermandades.

Fresca está aún en la memoria de muchos la figura acrecentada en su bondad de Joaquín Rivero Sanz ante la Virgen de la Esperanza o ante la Imagen Bendita de nuestra Madre de Guaditoca, prendiendo con esmerada delicadeza alfileres y joyas en su divina pechera para resaltar aún más si cabe su celestial belleza.

El Pregonero imagina la llegada de Joaquín al cielo e intuye cómo la Madre al recibirlo, le decía:

Pasa Joaquín, pasa a gozar de la presencia de mi amado Hijo, pues fuiste tú quien en Guadalcanal me pusiste tan bella en el vestir, que todo aquel que me admiraba en la calle o en el altar se enamorada de mi Pureza Inmaculada.

Tampoco puede silenciar el Pregonero el nombre de Barbarita Rivero Fontán, quien en el silencio íntimo de la Concepción ceñía a la Virgen de los Dolores el Manto azul de cielo que habría de lucir en su peregrino caminar la madrugada del Jueves Santo tras su hijo de la Humildad y Paciencia, o en la luminosa, pero triste mañana del Viernes Santo, en pos de Jesús de las Aguas, crucificado y muerto por salvar al Mundo.

Ni a Elena Martín de Arriba, Camarera Mayor de la Soledad; ni a Ismael Rivero Rivero, de la Virgen de la Amargura. Ni mucho menos a Juan Antonio López Merchán «Morringa», engalanando con el mismo amor, pero imprimiendo distinto toque diferencial a la Virgen de la Esperanza, de la Paz o de los Dolores.

Y por último, porque Fe profundísima y amor sin límites es, la que profesan esos hombres, algunos casi niños, obreros o estudiantes, parados o con puestos de trabajo, solteros o casados, que unidos por el mismo ideal cristiano, son capaces de sacar sobre sus hombros a Cristo y a la Santísima Virgen, con esa elegancia que sólo ellos saben darles, hasta el punto de arrancar

emocionadas lágrimas de ojos, que en la vida cotidiana puedan parecer secos e insensibles.

Es la Fe de Capataces y Costaleros, esa insustituible figura de nuestra Semana Santa que en ocasiones ha sido comparada con Simón de Cirene y que el Pregonero de este año los ve con mayor grandeza y con mayor dignidad aún, porque los ve conformando el cuerpo mismo de Jesús-Hombre de nuestro tiempo.

Nunca mejor ocasión que al contemplar a esos hombres anónimo bajo las trabajaderas, para articular con fuerza ese grito que la juventud nos lanza desde posters y pegatinas:

¡¡Cristo Vive!!

Sí amigos, Cristo Vive en nuestros costaleros cuando sus veinte, treinta, o cuarenta corazones latiendo al unísono, forman el corazón del mismo «Jesús-Obrero,» de nuestro tiempo.

¡Cristo Vive! cuando el músculo vigoroso y elástico de esos hombres se tensa o distiende, obedeciendo la voz amorosa y viril del capataz.

¡Cristo Vive!, nos lo dice el niño que en su inocente expresión exclama a la madre que lo lleva en brazos: Mamá, ¡parece que el Señor va andando!, ¡parece que va solo!

Y es verdad, va andando y va solo nuestro Cristo, no lo dudéis, porque bajo cada paso camina el Cristo-Estudiante de nuestro tiempo. Porque bajo cada paso camina ilusionado y lleno rebosante de fe, el Costalero, el niño casi hombre, el estudiante, el obrero, el casado y el soltero, el hombre creyente de Guadalcanal en definitiva.

¡Cristo Vive!, porque el sudor del costalero es el sudor trabajoso y ardiente del «Cristo-Hombre» de nuestro tiempo, que riega y vivifica el suelo

purificando las calles de nuestro pueblo manchadas a lo largo del año, con la escoria acumulada día a día, como meandro de arrastre de la sucia vida actual.

Y de hecho el llamamiento a la Juventud, a esa juventud que quiero que me entienda y que estoy seguro que me entenderá; y expresándole agradecimiento a quienes nos entregaron la antorcha de su Fe; y dadas unas pinceladas tal vez desvaídas de algunos ejemplos de fe popular, os invito a que en este Domingo de Pasión entréis conmigo, entremos todos juntos a meditar de la mano de nuestro amigo costalero, a vivir de la mano de nuestro amigo costalero, mentalmente, todas y cada una de las procesiones de esta Semana Santa, la más sentida, más querida, y mejor vivida en la Fe de Cristo de toda la Comarca. Nuestra Semana Santa, la Semana Santa de Guadalcanal.



## **HERMANDAD DEL CRISTO DEL AMOR EN SU ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALEN.**

*Procesiona penitencialmente el Domingo de Ramos.*

*Titulares: Santísimo Cristo del Amor y Nuestra Señora del Rosario y de la Palma.*

Tu sudor, costalero, rocío amoroso en la mañana alegre del Domingo de Ramos, cuando con sana alegría y profundo amor juvenil portas sobre tus aún frescos hombros de casi niño a Jesús, Rey del amor, y este año por primera vez a María Santísima del Rosario y de la Palma.

Bellísima imagen de la Virgen, tallada por el escultor onubense Fernando Álvarez Galán, que han donado a la Hermandad llamada cariñosamente de la Borriquita, las hermanas Mariana, Margarita y Pili Chíncoa Bendala, a quienes desde esta tribuna pregonera les expreso en nombre propio, en nombre de todo el pueblo, y muy especialmente en nombre de la Hermandad, el más sincero agradecimiento.

Es la fe de una familia generosa que inundada de la fe de Cristo ha sabido captar y amar nuestras tradiciones.

A esa hermosa imagen de la Madre de Dios, con cara de niña guapa, le pide de todo corazón que bendiga a todo nuestro pueblo, especialmente en este año que la tenemos por primera vez entre nosotros. Y que bendiga también a la familia Chíncoa y a esa otra familia a la que pertenecen los Chíncoa por vocación, la familia que forman los miembros del Benemérito Cuerpo de la Guardia Civil, que está sufriendo en sus carnes el acoso y la incomprensión de muchos y, lo que es peor, el más duro ataque del terrorismo impío, salvaje y criminal.

Las calles y los hombres de Guadalcanal se han engalanado festivamente para aclamar a Jesús en su Entrada Triunfal en Jerusalén, como Rey del Amor, subido en el más humilde trono que monarca alguno haya tenido: el sosegado lomo de una borriquilla.

En esta procesión de nuestra Semana Santa, Señor, son los niños y los jóvenes de Guadalcanal los que te aclaman como Rey del Amor vistiendo entusiasmados túnica blanca y celeste, símbolo de la inocencia y pureza de sus almas. Túnicas que cuando crezcan tornarán, como en la vida misma, por



la morada del sacrificio, la verde de la esperanza, la roja del amor más encendido o la negra del luto y del dolor.

Son los niños y los jóvenes que, en esta Hermandad fundada por ellos y para ellos, aprenden como en escuela primaria las primeras letras de buen costalero, de silencioso y orante nazareno y de bien acompasado componente o miembro de la banda de tambores y cornetas.

Son los niños y los jóvenes que portando ramos de olivo, emblema de la siempre añorada paz, los que gritan en lo más profundo de su corazón por todo el pueblo:

¡Hosanna al Hijo de Dios!

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Benedicid, Señor del Amor y Santísima Virgen del Rosario y de la Palma, os pide con toda humildad el Pregonero, a estos niños y jóvenes de Guadalcanal para que siempre como ahora sean capaces de alabaros. Benedicidlos también para que en ellos no crezca la semilla del odio y del rencor. Benedicidlos para que el Amor de Cristo del Amor reine en sus almas.

Benedicid también a sus familias y, por qué no, bendicid a los olivos de los que fueron ramas vivas, las que portan esos niños para que en los nuevos brotes fructifiquen abundante cosecha, alimento y sostén de este pueblo olivarero que os aclama como Rey de los Reyes, Rey del Amor y Madre de la Juventud, del Rosario y de la Palma.

Es la Fe y Esperanza de esa niñez y juventud que se sabe heredera y seguro sostén de nuestras tradiciones quienes con el poeta dice a Jesús:

*«Si yo fuera poeta un canto hiciera  
al Cristo del Amor con tal ternura  
que el lector se abismase en la hermosura  
que refleja su imagen hechicera.*



## **HERMANDAD DEL COSTALERO**

*Procesiona penitencialmente el Miércoles Santo.*

*Titulares: Santo Cristo de la Humildad y Paciencia Sentado en la Peña y María Santísima de la Paz.*

Tu sudor, costalero, es lluvia vivificante de primavera que refresca los campos y los corazones y da savia nueva a las flores y a las almas, cuando portas sobre tus espaldas a Jesús de la Humildad y Paciencia y a María Santísima de la Paz en el anochecer luminoso del Miércoles Santo.

Humildad y Paciencia: dos virtudes en desuso, pasadas de moda, que tú, costalero amigo, has querido recordarnos sacando procesionalmente al Señor Sentado en la Peña en estos tiempos de prisas, altiveces, orgullos y soberbias.

Cuando acepté decir el Pregón, allá por el mes de diciembre, comencé por hacerme un esquema como base de trabajo. También me fijé varias premisas de actitud personal sobre las que poder edificarlo y de ellas le di prioridad, como cimiento de las otras, a la sinceridad.

Pues bien, a fuer de ser sincero, de ti, amigo costalero, tengo que decir que como hombre sencillo te adornas con las virtudes de la humildad, reflejo de la Humildad de Cristo; pero, sin embargo, no puedo decir lo mismo en cuanto a la Paciencia.

¿Qué quieres que te diga?

No, no tienes paciencia, costalero. Y voy a tratar de demostrártelo.

Con impaciencia, con vehemente prisa fundaste tu Hermandad.

Con impaciencia labraste con tus propias manos de artesano humilde un paso, un trono, de sencilla belleza para tu Cristo sentado en una peña.

Con impaciencia buscaste un escultor y, rápidamente, lo encontraste con impaciencia en Mati García Muñoz, quien con su fino gusto de artista sevillana, a toda prisa, con impaciencia, te talló una Virgen tan bella que nada más verla, todo el pueblo se enamoró de la Madre Dolorosa de Jesús.

Sin pérdida de tiempo, también con impaciencia, secundaste la feliz iniciativa del fervoroso hermano José Ortega Galván, mi amigo «Jocé», para dotar de la más rica candelería al paso de palio de la Virgen que, a partir de este año, alumbrará mejor las lágrimas que manan a raudales de sus tristes y benditos ojos, que surcan mansamente sus pálidas mejillas y que terminará clavándose, como puñales afilados, en su corazón de Madre Dolorosa.

Y para que te convenzas de que careces de paciencia, ahí va otro ejemplo, querido hermano costalero: con impaciencia, sin esperar al Jueves, cuando el sol ya se ha ocultado tras las sierras, cada Miércoles Santo sacas para que

bendiga a todo nuestro pueblo a la Virgen de la Paz y a su Hijo de la Humildad y Paciencia.

Sacas a Cristo Sentado en una Roca y cubiertas sus espaldas con roja capa, como lo pusiera Pilatos para mofa del pueblo, y con su mano diestra en la mejilla, como sosteniendo el peso de su Santa Cabeza, mil veces herida con las agujas lacerantes de la más pesada, más vil y, al mismo tiempo, más gloriosa Corona, la de Espinas.

Como ves, no tienes paciencia para nada; eres un impaciente, costalero.

Pero, no te enfades con tu Pregonero, hermano costalero, que él te dice, te asegura que tu impaciencia no es el contrapunto de la Virtud de Cristo, no es vicio, no es pecado, es virtud en sí misma. Pues tu impaciencia es, amigo costalero, «Santa Impaciencia».

Son las nueve, la emoción se contiene en santa impaciente ansiedad cofradiera, cuando los nazarenos de blanca túnica y capillo verde salen de la Iglesia, al tiempo que desde un balcón rasga la noche el dardo candente de la primera letrilla, dicha, cantada, por la recia y ronca voz de un hombre que como quejío y sentido emerge de lo más profundo del corazón serrano. Es el primer beso que se estampa en los rostros dolientes y llorosos de Jesús y de María en la oración cantada de una saeta.

La procesión en su lento y solemne caminar llega al Cantillo. La emoción, tu emoción, costalero, llega al máximo cuando paras a Jesús ante los muros viejos de la Concepción, que se reflejan en los febriles y pacientes ojos del Redentor.

En tanto que en el dintel y en la penumbra de la tarde, confundida con las grietas de la añosa puerta, una viejecita arrugada por el tiempo eleva una oración, quizás la última, sentida y honda, que como incienso perfumado sube hasta el trono, esta vez rocoso de Jesús de la Humildad y Paciencia. Es la Fe de un pueblo que en la paciencia de una humilde vida sabe orar en silencio.

Ya estamos en tu calle, costalero. En la calle que Guadalcanal agradecida ha dedicado a tu sudor y esfuerzo. Las filas de nazarenos-costaleros se hacen más largas las llamas de los cirios más brillantes. Se ha cerrado la noche y tu corazón, costalero, intuye ya cercana la espera que hace Cristo de su Madre de la Paz en lo más alto de tu calle, en el altozano.

Cristo, espera a su Madre de la Paz. ¡María de la Paz!, ¡qué bello nombre! ¿Quién te inspiró, costalero, el nombre de Paz para María?

No fue un teólogo, ni un poeta; no, ni un ángel. No, costalero, no; no fue ningún humano. El Pregonero te dice, y sabe que está en lo cierto, que fue el mismo Cristo quien te inspiró, porque quería que en el recio tronco de tu cofradía abriera cada Primavera la Flor preciosa de la Paz en las frondosas ramas de las virtudes que forman su nombre, Humildad y Paciencia.

Y para terminar la estación le digo a Cristo con nuestro poeta:

*Nunca admiré, Señor, una realeza  
ni de tanto dolor, ni tanta gloria.  
Fue tan alta tu Santa ejecutoria  
que en la Humildad, fundaste tu realeza.*

Con este poema quería terminar, pero no puedo, porque mi corazón de Pregonero-nazareno-costalero, cada Miércoles Santo, salta de júbilo y se emociona cuando en la calle de Santa Ana resuena la voz varonil del joven capataz que ha tomado el relevo, gritando con todas las fuerzas de su alma:

¡Todos a una! ¡A ésta es!

Es la Fe heredada de generación en generación, de un pueblo que sabe transmitir su amor a Jesús y María.





## **HERMANDAD DE LA SANTA VERA CRUZ**

*Procesiona penitencialmente el Jueves Santo.*

*Titulares: Santísimo Cristo Amarrado a la Columna y María Santísima de la Esperanza.*

Tu sudor, costalero, se hace Sangre de Amor; Sangre de Flagelación en la tarde del Jueves Santo.

Cristo amarrado a una columna del Pretorio o a una simple argolla de un muro, es azotado por dos sayones con látigos de varias lenguas armadas por puntas aceradas.

Los verdugos descargan una y otra vez su ira sobre las Sagradas Espaldas de Jesús. El Cordero no pronuncia palabra, soporta los golpes en silencio.

La Hermandad de la Santa Vera Cruz recuerda este pasaje de la Pasión de Cristo y por hacerlo menos doloroso, amarra a Jesús a una preciosa columna de rica plata arrancada de las entrañas mismas de Guadalcanal.

Los pasos de Jesús Amarrado a la Columna y María Santísima de la Esperanza salen solemnes de la Iglesia.

La Madre espera, de ahí su bello nombre de Esperanza, que cesen los bárbaros azotes; pero no, la atroz paliza continúa y continuará por todos los siglos porque somos los hombres los que blandimos los flagelos de nuestros pecados sobre las sufridas espaldas del Redentor.

Son nuestros pecados de egoísmo, de injusticias, de odios entre hermanos. Son las mentiras, los falsos testimonios, la lujuria y la calumnia. Es nuestro desamor, en suma, quien descarga sobre Cristo su maldad.

La procesión sube sin prisas, con elegancia, las calles López de Ayala y Granillos. Los costaleros, para no hacer más dolorosas y sangrantes las heridas de Jesús y más intensa la pena de María, hacen su caminar sosegado y mimoso.

Los rubíes de sangre que brotan de cada herida de Jesús y de cada poro sudoroso del costalero se hacen más refulgentes cuando los acaricia el blanco rayo de la luna, que se asoma entre nubes por poniente a ver la piadosa comitiva.

Los nazarenos de verde capa y negra túnica componen su figura, encienden las lenguas llameantes de los cirios que apagó la suave brisa del anochecer, a la vez que rezan por sus necesidades con más Fe, implorando esperanzados en la celestial mediación de la Virgen de la Esperanza.

Concluida la cuesta de Granillos, sólo queda el repecho de Altozano Bazán para llegar a la calle reina del itinerario; la calle de Santa Ana.

El paso de Cristo, como siempre, va delante.

Detrás vas Tú, Virgen de la Esperanza. Las velas que te hemos encendido tus hermanos iluminan tu bello rostro. Y las lágrimas que manan de tus Santos Ojos desparraman los destellos de esa luz en todas direcciones, acariciando como besos amorosos las frentes de tus hijos que embelesados contemplamos tu pasar esperanzado.

Y tus hijos quisiéramos secar la fuente inagotable de tu pena, quisiéramos secar tus húmedas mejillas y al no poder hacerlo, batimos nuestras palmas como bate sus recias alas la paloma y suben hasta Ti y Tú, Madre, las sientes como besos de hijos cariñosos en tu linda cara. Y en tu dolor intenso nos da la sensación de que sonrías agradecida.

Y tu sonrisa, quizás real, quizás imaginada, que no pudo captar tu capataz, la percibe como escalofrío que corre sus espaldas. Y el Capitán de esa nave hermosa, de la que eres, ¡oh Madre!, el mástil mayor de donde cuelga la verde vela de tu manto, Esperanza nuestra, ordena un paso más acorde con la escena, al tiempo que en el aire sereno de la noche resuenan las notas de una marcha interpretada por la Banda parroquial.

Lazo negro lucirás este año en una vara de tu palio. Para nosotros, Señora, señal de luto es. Para Ti, no. Para Ti, Virgen Santísima de la Esperanza, es alegría porque ya tienes contigo en el Reino de tu Amado Hijo a quien en vida estuvo siempre bajo la sombra amable y esperanzada de tu manto verde y cosido con todas las fuerzas de su alma a la columna de Jesús.

Descanse en paz Pepe Rivero. Y perdonad estas palabras, que no ha podido evitar el Pregonero, porque le duelen, y le salen de lo más profundo de su humilde alma.



La hermosura, la belleza de este pasar la procesión de «Los Verdes» por la calle de Santa Ana, en la noche ya cerrada del Jueves Santo, la ha captado y cantado mejor que nadie el poeta del Señor Amarrado a la Columna de Guadalcanal cuando escribe:

*«Para mí, qué solemne era el momento  
de la tarde del Jueves Santo, luz, poesía,  
en que tu augusta procesión subía  
a Santa Ana con brillo y lucimiento.»*

O en aquellos otros:

*«El barrio de Santa Ana se estremece  
cuando pasa Jesús, «El Amarrado»,  
todo con su presencia lo ha realzado,  
y a sus plantas rendido se le ofrece.  
Nadie cuenta se da de que anochece  
porque la faz de Dios ha iluminado  
todo Guadalcanal, Cristo ha pasado  
y a su visión la vida se esclarece.  
¡Enfréntate, oh ardiente fantasía!  
No me deslumbres tú, sacra poesía,  
y dame tu expresión subyugadora.  
Porque al pasar mi Cristo por Santa Ana  
hasta la cuesta abrupta se hace llana  
y todo sueña al par que canta y llora.»*

Es la Fe lírica de un pueblo que sabe orar en verso.

## **PROCESION DEL SANTISIMO SACRAMENTO EN LOS OFICIOS DEL JUEVES SANTO**

Hay una procesión claustral en la Parroquia que no puede silenciar el Pregonero.

Va del Altar Mayor al Monumento y es Cristo Vivo quien hace el recorrido en manos de nuestro párroco, capataz y costalero al mismo tiempo.

Esta procesión no lleva nazarenos, ni centuria, ni cirios encendidos, le alumbró a su paso por las naves del templo la luz brillante del corazón de los fieles que han cenado con Él en el Banquete Eucarístico.

Pero en esta candelaría de corazones refulgentes que Guadalcanal enciende ante Tu Divina Majestad, ¡oh Señor!, hay apagados muchos cirios; algunos por ignorancia y otros apagados por el vendaval disimulado, como suave brisa, de la propaganda impía, inmoral y atea del materialismo de nuestro tiempo.

Faltan las luces, que debieran ser más claras y brillantes, las de muchos jóvenes que por novedad o por respeto humano no han querido alimentar sus tiernas almas en la Sagrada Cena, en la que Cristo da la más bella lección de humildad a la humanidad de todos los tiempos, tomando una jofaina y una toalla con que lavar y limpiar tus pies, símbolo de tu alma, joven cofrade de Guadalcanal.

Joven y maduro cofrade de Guadalcanal, sé valiente. Tú que eres capaz de meterte bajo las trabajaderas de los pasos de Cristo y su Santa Madre.

Cofrade, hombre o mujer de Guadalcanal, tú que eres capaz de caminar cuatro o cinco horas con la cara cubierta por el antifaz y tal vez descalzo, valora el Amor de Jesús, despójate de ese miedo, de ese respeto humano y aprovecha el Sacramento de la Penitencia para poner tu cuenta a cero y poder cenar en el Banquete Eucarístico del Jueves Santo, para después iluminar con tu brillante alma la procesión que va del Altar Mayor al Monumento.

Pero; no obstante a pesar de esas tristes sombras que dejan por su ausencia en la candelaría muchos corazones de Guadalcanal, no te quedarás solo, Jesús, en el grandioso Monumento hasta tu muerte. A lo largo de la larga

madrugada, como guardia de honor, tendrás siempre algunos de tus hijos de Guadalcanal, quienes con mejor o peor prosa o verso, te saludarán desde sus corazones como el Poeta:

*«¡Salve, Señor, en ese Sacramento,  
verdadero alimento  
del alma que te ama y que te adora!  
A Ti con alegría  
se rinde, fervorosa el alma mía,  
y tu poder implora.»*

Es la Fe de un pueblo que sabe amar a la Eucaristía y desea participar en la Cena del Jueves Santo.



## **HERMANDAD DE NUESTRO PADRE JESUS NAZARENO**

*Procesiona penitencialmente en la madrugada del Viernes Santo.*

*Titulares: Nuestro Padre Jesús con la Cruz a Cuestas y María Santísima de la Amargura.*

Tu sudor, costalero, ha florecido.

Primero fue Rocío Amoroso, en la mañana del Domingo de Ramos. Lluvia vivificante de Primavera cuando portabas a Jesús de la Humildad y Paciencia. Más tarde fue Sangre de Amor en la Flagelación de Cristo.

Hoy, Viernes Santo, es tu sudor, hermano costalero, Lirio Morado de Pasión.

La Plaza de España, sólo cruzada en esta noche de silencio por personas que van o vienen de hacer su guardia ante el Monumento, se ha llenado.

Faltan pocos minutos para las cinco.

Se anda de puntillas, sin hacer ruido.

Se habla por señas.

El silencio se oye; la emoción embarga los corazones.

El perfume de azahar de los naranjos se hace más intenso penetrante.

Las miradas de todo el pueblo fijadas están en las puertas de Santa María.

Las manecillas del reloj de la torre, que parecen estar quietas, avanzan lentamente en el caminar inexorable del tiempo.

Es la Fe impaciente y fervorosa de quienes aguardamos la salida majestuosa de Nuestro Padre Jesús.

Suenan por fin los cuartos. La primera campanada de las cinco no se ha oído porque se confunde con el agudo chirriar del cerrojo que abre de par en par las puertas de la Parroquia.

Los corazones se han parado de emoción, Nuestro Padre Jesús con la Cruz a Cuestas aparece magestático en el dintel de la puerta y comienza su andadura procesional a los solemnes sonos del «Perdona a tu pueblo, Señor».

El silencio se hace aún más denso. Se escucha el palpito de cientos de corazones, a la par que todas las mejillas se humedecen con lágrimas que salen del corazón más íntimo de Guadalcanal.

Cristo, Nuestro Padre Jesús, el Nazareno, avanza hasta el balcón donde un anónimo cofrade de túnica morada coloca el brazo de la Cruz que le falta para poder salir por la pequeña puerta.

La emoción, tanto tiempo contenida, no resiste más. Se desborda en atronador aplauso que es para ti, capataz, capitán de ese paso de Oro, Clavel, Luz y Lirio Morado de Pasión que Guadalcanal ha puesto bajo tu experto mando. Para ti, costalero, infatigable obrero de la Semana Santa. Para ti, nazareno, de serio, orante y emocionado caminar, y para ti, Hermano Mayor, que has coordinado todos los movimientos, que has asumido toda la responsabilidad.

Tras de Jesús vas Tú, Madre de la Amargura, acompañada de San Juan, el discípulo amado de tu Hijo y de este pueblo serrano que, como él, no te dejará sola ni un momento hasta la cumbre del Calvario.

El caminar de la procesión es lento y cadencioso, marcado por el ronco redoble del tambor que con tanto amor y fe tañe solemnemente el hermano alabardero. Hermoso personaje de nuestra Semana Santa es el «Armao», el Alabardero, al que no siempre se le ha hecho justicia.

Si el «Alabardero» de la Semana Santa de Guadalcanal no existiera, habría que inventarlo para completar el cuadro cofradiero de nuestro pueblo. Por ello, el Pregonero, humildemente, pero con energía, levanta su voz para pedir a las hermandades que hagan un esfuerzo más y restauren sus trajes, tan ajados

por el tiempo, y, por qué no decirlo, por el poco aprecio que a mi juicio de ellos se hace.

Caminas, Padre Jesús, con paso seguro bajo el peso de la Cruz cubriendo exactamente el itinerario. Te acompañan, Señor, esos Cirineos voluntarios los penitentes anónimos que con una Cruz como la tuya, menos pesada, sí, pero Cruz al fin, cargan sobre sus hombros cumpliendo una promesa. De acción de gracias unos, impetrando un favor otros, o simplemente para acompañarte los más en el «Vía Crucis» del Viernes Santo bajo el signo de la Redención.

La mañana clarea cuando la procesión enfila la calle de Granillos. El primer rayo del naciente sol besa tímidamente el rostro ensangrentado de Nuestro Padre Jesús y la Cara Purísima y llorosa de su Santa Madre de la Amargura.

En tanto que el corazón del costalero cansado ya por el largo caminar, salta de impaciencia en el sudoroso pecho, seguro de que sus músculos serán capaces de superar la empinada cuesta que les separa de la calle Espíritu Santo, donde se hará realidad el amorosísimo encuentro de Jesús y su Santa Madre, evocando el que tuvo lugar en las calles de Jerusalén.

¿Qué se habrán dicho Madre e Hijo?

¿Qué se habrán comunicado en esa mirada cruzada con tanto amor?

¿Qué profundo mensaje se han transmitido para que la Santísima Virgen de la Amargura en su dolor profundo haya iluminado su apenado rostro en señal de asentimiento?

El Pregonero, tu Pregonero, Guadalcanal, te asegura que Nuestro Padre Jesús le ha dicho a su Madre y Madre nuestra que en este pueblo serrano se hace más liviana y llevadera la carga de la pesada Cruz, gracias al amor y Fe profunda de sus hijos.

Después de esta conmovedora escena que ha arrancado las oraciones más sentidas, las lágrimas más emocionadas y los aplausos más sonoros, el camino, el itinerario, se hace más distendido y sereno.

Ya es de día; el Sol ilumina radiante en la mañana de abril el Paseo del Palacio. Los brotes nuevos de los frondosos plántanos, de las finas acacias, de los rosales, se balancean movidos por la leve brisa de la primaveral mañana, chocando tiernamente sus hojas en armónico aplauso de la Naturaleza al paso solemne y ya agotado de Nuestro Padre Jesús y María Santísima de la Amargura.

Los cansados rostros de quienes han acompañado a la procesión en su penitencial recorrido cobran de nuevo vitalidad y lozanía. En la Plaza saben que está cerca el final y no quieren perderselo.

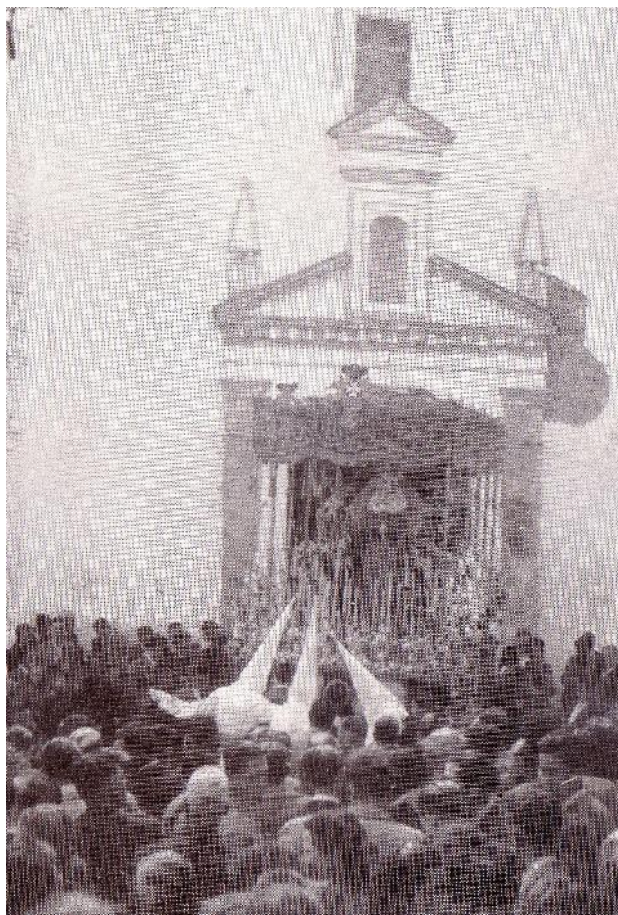
Los aplausos, oración sentida de quienes no pueden articular palabra por la emoción, se alzan hasta tu Divino Rostro, Jesús, como besos cariñosos de despedida, elevándose en ellos, volando en ellos el fino lienzo del alma guadalcanalense que como Verónica tierna y enamorada se acerca un año más para limpiarlo y recibir a cambio la figura indeleble de tu Santa Faz que en ella queda impresa para siempre.

Al tiempo que desde lo más profundo el corazón colectivo de Guadalcanal recita:

*«Salgo, Jesús Nazareno,  
a ver tu paso triunfal  
con esa Cruz inmortal  
que llevas dulce y sereno.  
No soy a tu pena ajeno  
ni al afán que te devora,  
porque ya suena la hora  
en que muriendo en la Cruz,  
brille en la tierra la luz  
de tu verdad redentora.»*



Es la Fe de un pueblo que en la alborada del día, sabe amar y orar a su Dios y Redentor para aliviarle el peso de la Cruz.



## **HERMANDAD DE LAS TRES HORAS**

*Procesiona penitencialmente el Viernes Santo.*

*Titulares: Santísimo Cristo de las Aguas y María Santísima en su advocación Dolorosa.*

Costalero, tu sudor es agua balsámica y redentora del costado abierto de Cristo Muerto cuando el Viernes Santo sacas el trono austero de caoba y plata donde llevas al Cristo de las Aguas; o cuando bajo las trabajaderas del plateado paso, canastilla de flores, de gladiolos, de rosas, de claveles blancos, Guadalcanal ha plantado la Flor más pura, más hermosa, más bella y más lozana del jardín de la Concepción, María Santísima de los Dolores.



Los recuerdos se agolpan en mi mente al iniciar la estación penitencial de la Hermandad de las Tres Horas. Teme el Pregonero si sabrá escoger la frase justa, la palabra apropiada que transmita las vivencias de su Hermandad.

Para serenar su espíritu, os ruega que perdonéis, antes que empiece su andadura la procesión narrada, y rinda en el recuerdo emocionado de su alma, el homenaje de gratitud filial a quien supo marcarle para siempre el amor intenso al Cristo de las Aguas.

Y dicho esto, como Prioste que ha pedido permiso al Hermano Mayor, comienza el caminar itinerante de esta procesión hablada.

A las doce en punto de la mañana, cuando el Sol está en el cenit, la parroquia de Santa María de la Asunción abre sus puertas, una vez más, para que salgan los pasos de Jesús y María. Escoltan al Señor Crucificado y Muerto nazarenos de túnica blanca, de roja los que acompañan a la Virgen de los Dolores. Unos y otros, antes de salir, se han postrado en oración sentida y fervorosa ante el Monumento donde prisionero de amor se guarda el Cuerpo, Carne y Sangre Redentora en generoso Sacramento.

Es conmovedora la salida del Misterio de la Muerte de Jesús a los sonos de la Marcha Real, himno de España que hoy quieren quitar de nuestras procesiones.

El Monte árido y pedregoso del Calvario que el poeta narrara, lo ha tornado Guadalcanal en alfombra roja de claveles que abrazan como amorosas manos tus pies sangrientos, Señor. Y de tu pecho abierto, ¡oh Jesús!, mana abundante agua de gracia santificante que derramas generoso sobre el pueblo que te sabe hablar, rezando en el silencio con la oración cantada de una cálida saeta o con la sonora plegaria de las palmas.

Y aún resuena en el ambiente la plegaria sonora de las palmas, cuando sale el paso de palio de María, la Madre Dolorosa.

Tu paso, Madre nuestra, ya se ha dicho, canastilla de fina plata rebosante de azucenas, de rosas, de claveles blancos y de velas que lloran como Tú, las penas de tu Alma.

Tus manos, Señora, entrecruzan los dedos ante tu divino pecho en ademán del intenso dolor, como diciendo:

¡Dejadme sola con mi pena!

¡Dejadme sola con mi Hijo Muerto!

Y en tu rostro, fiel reflejo del rostro de una madre que de tanto llorar agota ya sus lágrimas, el clavel de tu bendita boca, esbozando el suspiro amargo ahogado en el dolor que traspasa tu Inmaculado Corazón.

De Ti, Madre Dolorosa, con palabras más bellas que las mías, dice nuestro Poeta:

*«¡Madre de Amor, mi reina Dolorosa!  
no llores que me hiera tu tristeza,  
no quiero ver ajada tu belleza,  
y me sea tu visión menos hermosa.  
Mas no sé lo que digo. Más preciosa  
eres en tu pesar, en la grandeza,  
que en tu infortunio, tu delicadeza  
supera la hermosura de la rosa.  
Pero no llores más, ¡oh Virgen mía!  
porque gime conmigo la poesía,  
que hoy ofrezco a tus pies con mil amores.  
¿Hay visión, más augusta y peregrina,  
ni más emocionante y más divina  
que tú, Virgen, llorando tus dolores?»*

La procesión, que ha cubierto más de la mitad del recorrido, salva con habilidad conducida por sus capataces, el estrecho paso que forman las calles de Queipo de Llano, hoy Antonio Machado, y Guaditoca.

A partir de aquí y hasta el Cantillo, la prisa por llegar se hace solemnidad. Se avanza despacio, paso a pasito, cuidando cada movimiento hasta lograr que queden los dos pasos frente a la puerta cerrada de la Concepción.

El silencio, expresión sentida de emoción y recuerdo que el pueblo ha guardado, se hace clamor en el momento que termina la oración candente de la saeta que una mujer dedica a su Dios Muerto. Y Jesús al oírla, parece que despierta de su mortal sueño y en sus pupilas muertas deja que se reflejen los muros de la capilla que fue su casa durante tanto tiempo.

Mientras María, con el mirar penetrante de mujer, atraviesa con su vista nublada por las últimas lágrimas que brotan de su corazón la vieja puerta para buscar su trono, su altar y recordar las muchas oraciones que en su celestial mediación condujo al de su Hijo, de la Humildad y Paciencia o de las Aguas. Y, al no encontrarlo, su llanto se hace más intenso pensando que a su Hijo Muerto, el Cristo de las Aguas, ya no recibirá más, entre las doce y las tres de cada Viernes Santo, en esta capilla de la Concepción, esa oración que no superstición, de Fe y Esperanza al mismo tiempo que le rezaba el pueblo para depositar en su Costado abierto los tres credos.

El Pregonero deja al buen criterio de la Junta de Gobierno de la Hermandad de las Tres Horas, la posibilidad de aprovechar esta parada de la procesión para marcar una pausa de silencio a lo largo de la cual, el pueblo pueda elevar esa oración a Cristo y, de inmediato, que saque del Costado de su Dios, el primer Credo, con el ruego esperanzado de que esta capilla tan bonita vuelva al culto y vuelva a ser morada digna de Jesús de las Aguas, de la Humildad y Paciencia, de María en su Concepción Purísima y en su Mayor Dolor de Madre Dolorosa.

Y para terminar la procesión hablada del Viernes Santo de Guadalcanal, nadie mejor que nuestro Poeta para decir:

*«Sangre y agua manó de tu costado  
que fue por mi salud herido, abierto,  
dejándome visible, al descubierto  
tu corazón divino Inmaculado.  
¡Oh, cuánto redimirme te ha costado!  
tan generoso ¡oh Dios! después de muerto  
te has mostrado conmigo, que no acierto  
cómo puedo vivir de Ti alejado.  
Ese agua me lave y purifique,  
y esa sangre, Señor me vivifique  
en tanto peregrino por la vida.  
Soy un pobre mortal, soy un enfermo  
y quiero descansar cuando me duermo  
en tu pecho de amor, sobre la herida.»*



## **HERMANDAD DE LA SOLEDAD Y SANTO ENTIERRO**

*Procesiona penitencialmente el Viernes Santo.*

*Titulares: El Cristo Yacente y la Santísima Virgen de la Soledad.*

Tu sudor costalero se hace silencio, dolor y lágrimas de Soledad cuando la losa del Sepulcro de Cristo gravita sobre tus ya cansados hombros. Y cuando sacas a la Virgen en patena, bandeja de oro, de cruz vacía, de ángeles que lloran, de pañuelos de blonda, de crespón negro como Pensamiento Moreno y Solitario que perfuma la tarde-noche del Viernes Santo.

«Llegado el amanecer, vino un hombre de Arimatea, por nombre José, que también había sido discípulo de Jesús y tomando el cuerpo del Maestro lo envolvió en una sábana y lo depositó en un sepulcro nuevo que había excavado en una roca.»

Con estas palabras, con estas patéticas palabras, narra el Evangelio el Entierro de Jesús.

Guadalcanal interpreta fielmente el pasaje evangélico, sintiéndose en lo más profundo del corazón discípulo de Cristo, y como José de Arimatea recoge el cuerpo del Maestro, lo envuelve en la fina sábana de su intenso amor y lo deposita en la urna nueva de su noble alma.

Y por hacer tangible su vivencia espiritual, el Viernes Santo de cada año en el atardecer, cuando el sol se oculta en el ocaso, toma la imagen de Cristo Yacente, la coloca en rica urna de oro y cristal y celebra en impresionante manifestación de duelo, como dirían las crónicas periodísticas de nuestro tiempo, el Santo Entierro de Jesús.

El bellissimo y monumental sarcófago, la sagrada urna, va coronada por la figura cristológica de un pelícano.

El pelícano es un ave que en su instinto, ama tanto a sus hijos que cuando las condiciones ambientales les son adversas, con su fuerte y curvo pico rasga sus entrañas dejando al descubierto su carne y sangre ardiente para que de ellas se alimenten sus frágiles polluelos.

Cristo, ese cristo que hoy solemnemente entierra Guadalcanal, rodeado de sus fieles hijos de túnica y capillo negro, siendo Dios, Creador y Señor del Universo, ha dejado rasgar sus santas Carnes, sus manos, sus pies, su santo Pecho y se queda con nosotros para siempre como alimento. Como alimento sacramental de nuestras almas, sostén espiritual de nuestros cuerpos.

Tras de tu hermosa urna iluminada por las velas rojas y los cuarenta hachones encendidos de tus costaleros, ¡oh Pelícano Santo!, va tu Madre, tu Santa Madre que aquí llamamos Soledad, pero no es cierto, porque tu dulce Madre, ¡oh Jesús!, siempre va acompañada, abrazada, con el abrazo más puro,

más animoso y más sincero de este pueblo nuestro y tuvo que la acompaña mimosamente en tu Santo Entierro.

¡Qué bella, qué guapa vas, Madre de la Soledad!

¡Qué guapa te han puesto tus finas camareras!

¡Qué guapa eres, virgen de la Soledad, desde que tu escultor, con su buril diestro, labró sobre la tosca tronca de madera tu hermosa cara, que no pudo inspirar otro que no fuera el Padre Eterno!

No llevas palio, vas sola, acompañada en el paso por la Cruz vacía donde murió tu Hijo. Y no lo llevas, porque tu Hermandad de siempre quiso que la luz plateada de la luna, que la luz parpadeante de las estrellas, acaricien con sus blancos rayos tu hermosa cara y que iluminen las lágrimas que manan mansamente de tus puros ojos y besen esa boca abierta por tu intensa pena. Porque ha querido de siempre tu Hermandad que la luz de la luna y las estrellas proyecten la sombra mansa de la Cruz, donde murió tu Hijo sobre tu rico manto negro que bordaron en oro unas finas y laboriosas manas de Guadalcanal.

Y que esa luz proyecte la sombra amable de la Cruz sobre este pueblo que es hoy el manto negro por su pena y oro por el amor que te profesa, que abriga tu figura delicada de moreno y solitario Pensamiento.

Y sigues paseando por el pueblo tu intensa pena, y sigues derramando tus lágrimas que se confunden amorosas al llegar al suelo con el sudor ardiente del costalero que porta tu soledad acompañada de tus hermanos fieles, de entre los cuales surge un rayo de luz para tu alma y nuestra alma, en la saeta amable que te dice:

*«Virgen de la Soledad,  
no tengas pena ninguna,  
que tu Hijo resucita  
entre las doce y la una.»*

La procesión termina. Guadalcanal entera se agolpa delante de la puerta de la iglesia para decir adiós, un año más, a tu Hijo y a Ti, Virgen de la Soledad, quien después de oír la letrilla saetera, que ha saltado de corazón en corazón, truecas el suspiro amargo y asfixiante de tu bendita boca en suspiro de esperanza. En tanto que el último y más sentido aplauso te acompaña en febril y honda despedida, y el Pregonero va desgranando torpemente el verso que el poeta enamorado te escribiera:

*«Viva imagen de anhelo y de ternura,  
del dolor que nos causa ver la muerte;  
yo siempre, ¡oh Virgen!, que me acerco a verte  
me infunde admiración tu desventura.  
¿Como hay en tu semblante aún dulzura  
si todo en él es duelo y pena fuerte,  
y el sufrimiento íntimo se advierte  
de tu doliente vista en amargura?  
Tu rostro de infortunio veo presente  
cuando la soledad y el duelo siente  
mi corazón en su apenada vida.  
Mi pena uno entonces a tu pena,  
porque unida a la tuya se serena  
y se calma el latido de mi herida.»*

Es la fe de un pueblo que sabe amar y orar en todos los momentos de la Semana Santa, y que en Guadalcanal no es de siete días, sino que abarca toda la vida.





## **HERMANDAD DE CRISTO RESUCITADO**

*Procesiona penitencialmente el Domingo de Resurrección. Titular: El Santísimo Cristo Resucitado.*

Y de tu mano, querido hermano costalero, llegamos al final.

En el Domingo de Resurrección tu sudor se hace campana que tañe la Nueva Pascual cuando sacas sobre tus espaldas a Cristo Resucitado.

Si no hubieras resucitado, ¡oh Cristo!, de nada hubiera servido a la Humanidad tu cruel Pasión y Muerte, ni la amargura y honda pena sufrida por Ti, Virgen de Guaditoca.

Porque Tú, Madre de Guaditoca, Tú, Patrona nuestra, fuiste quien tras tu Hijo, lloraste su coronación de espinas, su humillante flagelación, su portar valiente la Cruz aquella que sería patíbulo de su crucifixión y muerte, y lloraste en soledad profunda el entierro de Jesús.

Hoy también acompañas a tu Hijo vencedor de la muerte en la imagen de Jesús que sacan en procesión alegre los niños y jóvenes de Guadalcanal.

Porque Tú, Virgen de Guaditoca, estás, aunque no te veamos, rodeando, abrazando y cantando el aleluya a Jesús en el corazón de todos y cada uno de tus fieles hijos nacidos o criados en Guadalcanal y de todos los que hoy rodeamos a Cristo Resucitado, de todos los que unidos a nuestro poeta, osamos decirte:

*«María de Guaditoca  
delicia del alma mía,  
con venturosa alegría,  
hoy mi corazón te invoca.  
El agua de tu ternura  
dame, Señora, a beber,  
no me dejes perecer  
sediento de tu dulzura.  
Y pues eres el camino  
para llegar al Señor,  
es mi consuelo mayor  
mirar tu rostro divino.*

## **A MODO DE EPILOGO**

Y ya termino, no sin antes deciros, a vosotros que me habéis soportado durante tanto tiempo, que apliquéis a mi pregón el calificativo que os haya merecido: rollo o ameno, profundo o superficial, poético o prosaico; pero sí os

pido que no le neguéis el que de todas formas tiene, porque os lo dice el Pregonero que es su padre.

Ese adjetivo es el de ¡Sincero!

¡Alabado sea Jesucristo!

Muchas gracias.